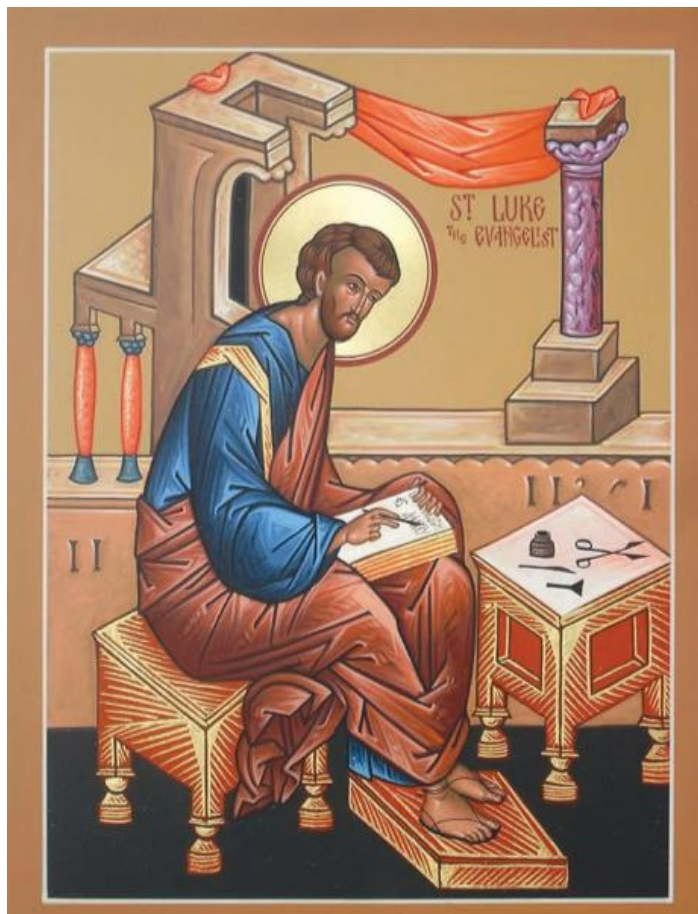


Situando el Evangelio de Lucas en el mapa antiguo

Dr. Joel B. Green



Tomado de: *Saint Luke the Evangelist* / By Emily Woodham

Cuando tomamos un libro por primera vez, generalmente nos hacemos algunas preguntas básicas que nos orientan sobre lo que estamos a punto de leer: ¿Quién lo escribió? ¿Cuándo fue escrito? ¿Qué tipo de libro es? ¿Por qué fue escrito? ¿De qué trata? Estas preguntas son tan relevantes para los libros de química como para los libros de cocina o las novelas históricas.

Podríamos sorprendernos al descubrir que el estudio dedicado a muchas de estas preguntas introductorias es relativamente reciente en la historia de la lectura de libros bíblicos como el Tercer Evangelio.

Hace algún tiempo, en el siglo XVIII, se podían hacer suposiciones sobre quién escribió qué y por qué. Sin embargo, estas cuestiones rara vez eran el foco de investigaciones profundas. Tal vez esto se deba a que los teólogos y predicadores tendían a leer estos libros no tanto como textos individuales, sino más bien como una colección unificada de las Escrituras cristianas. Para ellos, quizás, el origen divino de estos libros era más significativo que sus inicios humanos e históricos. O, tal vez, se debía a que simplemente daban por sentadas las tradiciones de autoría que surgieron alrededor de los libros de la Biblia.

Todo cambió a partir del siglo XVIII. A partir de entonces, las personas involucradas en el estudio avanzado de la Biblia comenzaron a enfatizar cada vez más los antecedentes particulares de escritos como Deuteronomio o 2 Timoteo o el Evangelio de Lucas. Como resultado, se generó mayor interés por los autores, las fuentes y los contextos y se realizaron investigaciones al respecto.

Cuando se trata del Tercer Evangelio, las preguntas introductorias pueden ser desconcertantes. Por un lado, podríamos pensar que abordar estas preguntas es un ejercicio esencial y preliminar si queremos entender el mensaje de un libro. Por otro, al igual que con muchos de los libros que conforman el Antiguo y el Nuevo Testamento, no sabemos mucho sobre los orígenes del Evangelio de Lucas. Al menos, sabemos poco con mucha certeza.

Comenzaré, entonces, con una breve mirada a lo que se consideraba "cuestiones introductorias" en la interpretación temprana del Evangelio de Lucas. Después de esto, me centraré en el prólogo de Lucas (1,1-4), permitiendo que nos oriente hacia cuestiones introductorias que nos prepararán para leer, hoy, la narrativa de Lucas.

Introduciendo a Lucas en la Iglesia Primitiva

Las introducciones a la lectura de los Evangelios no eran desconocidas en los primeros siglos de la Iglesia, pero adoptaban una forma bastante diferente de lo que solemos encontrar en los comentarios y textos académicos actuales. Dirigimos la mirada a los teólogos del siglo IV, Fortunaziano y Ambrosio, para ilustrar.

Antes de que el teólogo del norte de África, Fortunaziano (ca. 300-406/7), obispo de Aquilea en el norte de Italia, comenzara su exposición de los Evangelios, incluía una sección que llamaba "La regla de los Evangelios". Introduciendo el Evangelio de Lucas, escribió: "observando la regla de la ley, [Lucas] comienza su relato desde el sacerdocio de Zacarías. También menciona el becerro cebado sacrificado por la alegría del regreso del hijo pródigo, es decir, el hijo menor que recibió de su padre un manto y un anillo (...) y fue invitado a cenar. El Evangelio según Lucas es la cara de un toro, claramente una de esas cuatro criaturas vivientes indicadas...".

Fortunaziano sigue una vieja tradición que identificaba los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento con las cuatro caras del único Logos, el Hijo de Dios: "La primera criatura viviente era como un león", "la segunda como un toro", la tercera "tenía rostro de hombre" y

"la cuarta era como un águila volando".

El Logos es asociado entonces con estas cuatro caras: Mateo como un humano, Marcos como un león, Lucas como un toro y Juan como un águila.

Fortunaziano tiene más cosas que decir sobre cómo cada uno de los cuatro Evangelios contribuye al "esquema de la historia" y a la lógica divina de la existencia de cuatro Evangelios.

Con respecto al "esquema de la historia", el inicio narrativo de Lucas, que se centra en la ley y el sacerdocio, proporciona un puente entre el interés inicial de Mateo en la justicia de Abraham (Mt 1,1-18) y la preocupación introductoria de Marcos por la profecía (Mc 1,1-3). En otras palabras, estos tres Evangelios presentan en orden escritural a Abraham (Mateo), la ley y el sacerdocio (Lucas), y los profetas (Marcos).

Escribiendo también en el siglo IV, Ambrosio añade un largo prólogo a su comentario sobre el Evangelio de Lucas, en el que asocia este Evangelio con el toro: "Porque el toro es la víctima sacerdotal. Y este libro del Evangelio corresponde a un toro, porque comienza con sacerdotes y termina con el toro que, cargando con los pecados de todos, fue sacrificado por la vida del mundo entero [cf. 1 Pe 2,24; 1 Jn 2,2]; así que fue un Becerro Sacerdotal".

Ambrosio introduce la importancia de la lectura del Evangelio de Lucas (y toda la Escritura) de acuerdo con sus diversos sentidos: el natural, el moral y el racional. Según su análisis, el Evangelio de Lucas se distingue por su enfoque histórico, priorizando la narración de eventos sobre la exposición de principios doctrinales, a diferencia de los otros Evangelios. Aun así, el Evangelio de Lucas enseña verdades naturales (por ejemplo, la obra del Espíritu Santo se concretó en la encarnación divina), verdades morales (por ejemplo, que debemos amar a nuestros enemigos) y verdades racionales (por ejemplo, 16,10: "Quien es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho, y quien es deshonesto en lo poco también es deshonesto en lo mucho").

Probablemente no sea exagerado decir que, en la iglesia primitiva, las cuestiones introductorias se preocupaban menos por presentar a los lectores y oyentes el Evangelio de Lucas como tal. Sus intereses parecían más centrados en asegurar que uno se acercara al Evangelio de Lucas con las sensibilidades adecuadas, tomando en serio su estatus escritural. Estos intereses teológicos y apoloéticos disminuyeron con el paso del tiempo a medida que las cuestiones introductorias tomaron un matiz cada vez más histórico.



El Prólogo de Lucas

Lucas nos proporciona una orientación sobre su proyecto narrativo en una sola y extensa oración que sirve como prólogo de su relato.

Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribirlo por su orden, ilustre Teófilo, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido. (1,1-4 Biblia de Jerusalén).

Con pluma en mano, Lucas habría escrito un "libro", es decir, un pergamino o rollo. Con el sistema de rollos no se podía simplemente sacar un libro de la estantería y pasar las páginas para hacerse una idea de su contenido. Para los escritores y lectores de rollos antiguos, la primera columna del documento, incluso su primera oración, señalaba características histórico-literarias como el género, el autor, los destinatarios y el tema. Podemos pensar en 1,1-4 como una versión temprana de lo que se convertiría en la portada y el prólogo, e incluso el resumen de la cubierta del libro. Así que el prólogo de Lucas nos proporciona una visión sobre una serie de preguntas preliminares.

“Muchas personas”: Lucas entre los Evangelios

En 1,1-2, Lucas expresa que conocía múltiples intentos de contar la historia que quiere narrar. Hoy, esta afirmación a menudo lleva a preguntas sobre las fuentes de Lucas y sobre cuántas podría haber escrito. Sin embargo, lo más importante es que nos indica cómo podríamos leer el Evangelio de Lucas.

La referencia de Lucas a muchos otros relatos ha llevado a los estudiosos modernos a dedicar una considerable energía a identificar esos relatos anteriores. Entre los candidatos conocidos, ninguno es más parecido al Evangelio de Lucas que los otros tres Evangelios del NT: Mateo, Marcos y Juan. Y entre estos, el Evangelio de Lucas es más parecido al Evangelio de Mateo y al de Marcos. De hecho, los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas comparten un alto grado de similitud en contenido con aproximadamente el noventa y cinco por ciento del Evangelio de Marcos encontrado en los Evangelios de Mateo y Lucas. Comparten la misma estructura básica. Y, a veces, comparten un vocabulario y estilo literario sorprendentemente similares.

Los académicos debaten cómo explicar la posible relación literaria entre estos tres Evangelios.

Quizás los Evangelios de Mateo y Lucas fueron escritos primero, con Marcos construyendo su versión a partir de ellos. O tal vez el Evangelio de Marcos fue escrito primero y luego utilizado como fuente por los otros

dos. Y así sucesivamente.

Sin embargo, debemos admitir que el propio Lucas no proporciona pistas sobre la naturaleza de los muchos relatos de los que tiene conocimiento.

No nombra el Evangelio de Marcos como una fuente, ni identifica ninguna otra. Aunque los estudiosos alguna vez estuvieron seguros sobre cómo pensar acerca de las relaciones entre los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, hoy hay mucha menos certeza. Como resultado, tiene más sentido hoy leer el Evangelio de Lucas en sus propios términos como una representación narrativa de los eventos que relata.

La referencia de Lucas a los muchos que han compilado "un relato de los eventos que se han cumplido entre nosotros" es importante para leer a Lucas, pero no porque invite a la especulación sobre las fuentes de Lucas. En cambio, podríamos reconocer lo que el mismo Lucas nos cuenta, esto es que los eventos que quiere narrar pueden ser narrados de diferentes maneras.

De hecho, hay más de una forma de contar una historia, dependiendo de los intereses y objetivos que se tengan. Los estudiosos del campo de la narrativa han reconocido esto desde hace mucho: "Que nuestros hechos cambien a medida que nuestros marcos narrativos cambian no prueba que no haya hechos; más bien, prueba que hay múltiples hechos y múltiples formas de construir hechos" (Phelan 1996, 17).

Lucas continúa indicando que lo que diferencia su narrativa de las otras tiene que ver con el orden y el objetivo. Él ha hecho su investigación, sin duda, pero, al igual que los escritores de biografías e historia en general, su contribución principal tiene que ver con la selección (qué incluir, qué dejar fuera) y el orden (cómo organizar eventos y episodios para revelar su significado a través de una cadena de relaciones de causa y efecto). Las decisiones sobre ambos asuntos (selección y orden) están guiadas centralmente por el objetivo de Lucas.

Él le dice a Teófilo (sobre quien volveremos más adelante): "Quiero que tengas confianza en la solidez de la enseñanza que has recibido". "Confianza", en este caso, no se basa en nociones modernas de veracidad histórica ("¿Es esto lo que realmente ocurrió?"), sino que se ocupa de persuadir ("Aquí está lo que todo esto realmente significa") y exhortar ("¿Qué nos llama esto a ser y hacer?").

Considerar la pregunta: ¿Por qué tuvo que morir Jesús? Diferentes narrativas aportan diferentes explicaciones. Lo más probable es que un historiador latino que escribiera, digamos, en las décadas de los 40 d.C., nunca habría oído hablar de Jesús o de su ejecución y, si lo hubiera hecho, probablemente no habría tenido razón para mencionarlo; entre los cientos de crucifixiones realizadas durante este período, ¿por qué destacar esta? Si este historiador hubiera incluido la crucifixión de Jesús en su relato, probablemente

su motivación no habría sido otra que ilustrar la intranquilidad religioso-política que marcó las relaciones entre romanos y judíos en aquella época, mostrando así el modo en que Roma trataba a quienes ponían en peligro la *pax romana*.

En contraste, el Evangelio de Lucas narra la crucifixión de Jesús como la culminación de una vida llena del Espíritu, vivida en activa fidelidad a Dios y en conformidad con las Escrituras de Israel. Para Lucas, la cruz de Cristo no es una nota a pie de página en los anales de la historia, sino que señala un evento que cambia el mundo y que se presenta de forma central en la proclamación cristiana temprana.

Así pues, los lectores actuales de Lucas se ven obligados a preguntarse cómo y por qué la trayectoria de Jesús se desarrolla como lo hace en este Evangelio, y cómo y por qué el Evangelio de Lucas continúa en un segundo volumen, los Hechos de los Apóstoles. Desde esta perspectiva, la lectura del Evangelio de Lucas junto a las otras narrativas evangélicas no conduce a decisiones sobre la historicidad o a teorías sobre las fuentes de Lucas, sino a la reflexión sobre cómo situar estos relatos dentro de esta secuencia narrativa, conduciendo así a nuevos horizontes de significado.

Los lectores de Lucas

Los académicos del Nuevo Testamento solían hablar de la "comunidad de Lucas", como si Lucas (y los demás escritores de los Evangelios) escribieran desde y para una comunidad específica, con una perspectiva particular sobre la vida de Jesús y con características y necesidades identificables. Pensar en el Evangelio de Lucas desde este punto de vista alienta una especie de "lectura espejo" de la narrativa de Lucas. Si el relato de Lucas incluye material que anima a los pobres, por ejemplo, entonces ¿Lucas debe estar escribiendo para los pobres que necesitan aliento? o ¿Estaba escribiendo para los ricos, instándolos a acompañar a los pobres?

Determinar la naturaleza de la "comunidad" de Lucas resultó ser un ejercicio improductivo, por lo que es más prudente pensar no tanto en un público específico que recibió el Evangelio de Lucas, sino en una distribución más amplia del Evangelio.

La prudencia y sensatez de este enfoque se destaca por la dedicación del Evangelio (y de los Hechos) que Lucas hace a Teófilo (1,3; Hechos 1,1). Por un lado, "Teófilo" podría referirse simbólicamente a un lector "amado por Dios" o "amante de Dios". Así lo interpretó, en los siglos VII y VIII, Beda el Venerable en su comentario sobre los Hechos: "Por lo tanto, cualquiera que sea amante de Dios puede creer que esta [obra] fue escrita para él, por-

que el médico Lucas la escribió para que él [el lector] pudiera encontrar salud para su alma." Este es un enfoque que invita a identificar al destinatario narrativo de Lucas, en la medida que amplía su audiencia para incluir potencialmente a todos en todas partes.

Sin embargo, una visión simbólica como esta es difícil de sostener, ya que "Teófilo" era un nombre común en el período romano, no tendría mucho sentido referirse a un lector simbólico con el imponente título de "excelentísimo", y una dedicación simbólica de este tipo sería extraña en la cultura literaria de Lucas.

Tiene más sentido pensar en Teófilo como el mecenas literario de Lucas. Esto significaría que el papel de Teófilo sería ayudar a Lucas a ampliar el círculo de aquellos que podrían hacer y distribuir copias de su obra, lo que sugiere que la audiencia inicial de Lucas no debe limitarse a una única "comunidad lucana".

Si recordamos que solo una minoría, tal vez entre el ocho y el diez por ciento de la población del mundo romano, era alfabetizada, en el sentido de poder leer rollos en griego con fluidez, esto definirá aún más nuestra imagen de lo que podría significar realmente leer el Evangelio de Lucas.

La lectura no implicaba sentarse solo en casa o en el jardín con el rollo en la mano. Imagina, en cambio, un círculo de creyentes reunidos para escuchar y responder a la lectura del Evangelio. De hecho, casi con certeza deberíamos imaginar menos "lectura" y más "representación"; algo similar a escuchar un buen audiolibro, con variaciones en la entonación, el ritmo e incluso la voz.

Al igual que en las dramatizaciones del teatro griego y romano, en las representaciones del Evangelio de Lucas podemos anticipar que los oyentes eran participantes activos en la actuación, irrumpiendo con respuestas de apoyo o preguntas. Imagina escuchar el Evangelio de Lucas como si fuera un evento, una producción repetida que inculcaba ciertas maneras de entender el plan liberador de Dios, ciertas maneras de comprender el significado de Jesús y su misión, y ciertas maneras de vivir las exigencias del discipulado. Las pequeñas comunidades de lectura, que se extendían cada vez más por todo el imperio, habrían sido tanto instructivas como formativas.

"Un relato de los eventos (cuidadosamente ordenado)": El género y la unidad de Lucas-Hechos

Cuando Lucas asocia su producción literaria con otros relatos, nos plantea dos preguntas: ¿Qué tipo de libro es? ¿Incluye el plan inicial de Lucas solo su Evangelio o El Evangelio y Hechos juntos?

La cuestión del género

En 1,1, el Evangelista marca el carácter de su libro con un término que, a menudo, se traduce como "relato" (διήγησις, diēgēsis). Dado el contenido subsiguiente de la obra de Lucas, parece obvio que le interesa la narrativa como modo de discurso, en contraposición, por ejemplo, a un poema, una fábula o un ensayo científico.

No sorprende, entonces, que los estudios interesados en identificar qué es el Evangelio de Lucas se hayan inclinado hacia uno de estos dos géneros: *biografía* o *historiografía*. Tres consideraciones nos advierten sobre apresurarnos a tomar una decisión tajante entre estas opciones:

Primero, los narradores de todo tipo enfrentan problemas similares y emplean convenciones literarias semejantes, y sus lectores siguen estrategias interpretativas similares. Así pues, el público interpreta la biografía y la historia de manera similar en aspectos importantes.

Segundo, en la época de Lucas, el género biográfico era un desarrollo reciente de la historiografía, que marcaba el cambio de un relato de "acontecimientos" a un relato de una "vida", y compartía muchas de sus características.

Tercero, los géneros no siempre están separados por fronteras impenetrables, sino que comparten a menudo límites borrosos. Y los diferentes lectores negociarán esos límites de manera diferente. En otras palabras, en un nivel básico, el hecho de que nos refiramos al Evangelio de Lucas como biografía o historiografía, no nos encasilla en uno u otro conjunto de estrategias de lectura.

Más allá de las estrategias básicas de escritura y lectura narrativa, la distinción entre biografía e historiografía puede moldear nuestras expectativas y nuestra recepción de la obra de Lucas, del mismo modo que nuestra lectura de su obra puede influir en nuestra comprensión de su género.

Lucas nos da un primer indicio en su prólogo al encontrar compañía literaria con aquellos que han escrito "un relato de los hechos que se han cumplido entre nosotros".

No se refiere a "vidas" (βίος, bios), sino a "hechos" (usando una forma plural de πράγμα, pragma), y así identifica su obra con la escritura histórica; de hecho, en su forma más básica, la escritura histórica comprende una narrativa de hechos.

En su discurso "Cómo escribir historia", el retórico y satírico sirio Luciano de Samosata (ca. 125-80 d.C.) comentó: "Después del prefacio... lo que queda de la historia no es más que una extensa narrativa (διήγησις, diēgēsis)" (§55, traducción propia). Además, incluso si el Evangelio de Lucas se centra en la vida de Jesús, no refleja muy bien los intereses de la biografía grecorromana.

Por ejemplo, se hace poco para establecer el carácter de Jesús en sus propios términos, y

el objetivo principal de la narrativa está determinado por el plan salvador de Dios más que por Jesús.

Es decir, el Evangelio de Lucas se preocupa por el cumplimiento del propósito de Dios, un propósito que se remonta a las promesas de Dios a Abraham, ahora actualizadas, y que abarca la relación de Dios con Israel. Las historias entrelazadas de Juan el Bautista y Jesús encuentran su significado dentro de ese propósito mayor.

Asociar la narrativa de Lucas con la escritura histórica no debe confundirse con juicios sobre su exactitud histórica. Las percepciones respecto a la representación narrativa de eventos históricos entre los primeros cristianos eran algo diferentes de las de las personas modernas.

Esas nociones antiguas sobre la escritura histórica reflejaban tanto las tradiciones grecorromanas como las judías. De sus predecesores judíos, tomaron su énfasis en el desarrollo de los eventos históricos al servicio del propósito de Dios, el papel de la narrativa histórica en la instrucción, la repetición de patrones en personajes y eventos, y la afirmación de la constante presencia de Dios. Para ellos, la narrativa histórica trataba ante todo del propósito de Dios, y solo entonces, por extensión, del relato de personas y acontecimientos que servían o se oponían a ese propósito.

La escritura histórica en la tradición grecorromana, que se originó con Heródoto (ca. 484-425 a.C.) y alcanzó su apogeo en la obra de Tucídides (ca. 460-400 a.C.), relataba los eventos explicando su desarrollo secuencial. Las prácticas del mundo clásico revelan una preocupación por persuadir al público de una determinada lectura del pasado, desplegando una serie de medios para legitimar un relato: por ejemplo, la referencia a la intervención divina y a lo sobrenatural, la imitación y los patrones de predicción y recurrencia.

Para Lucas, podemos suponer que la escritura histórica demostraba la antigüedad del Camino (así es como Lucas se refiere tanto a la iglesia primitiva como al viaje de salvación, cf., p. ej., Lucas 3,4; Hechos 9,2; 16,17). Lo hace documentando la continuidad de la historia de Jesús y la Iglesia con las Escrituras de Israel. Su narración comienza con las promesas de Dios a Abraham y continúa, sin interrupción, a través de los salmos y los profetas, hasta la llegada de Juan y Jesús, el surgimiento de la iglesia y su misión, anticipando en el camino la consumación escatológica del propósito de Dios.

En historiografía, los acontecimientos, experimentados en la vida real en serie, como sucesos y situaciones, se asocian y ordenan en una red de causalidad y significado. ¿Qué ha decidido incluir Lucas? ¿Cómo ha ordenado estos acontecimientos? ¿Desde qué perspectiva? ¿Con qué principios de orden? ¿Con respecto a qué propósito global? Éstas son preguntas clave, pero también se plantean otras: ¿Con qué fin persuade esta narración a su audiencia? ¿Qué patrones de pensamiento, sentimiento, creencia y comportamiento se ven animados y alentados por esta narración?

La cuestión de la unidad entre Lucas y los Hechos

La referencia de Lucas a otros relatos plantea otra cuestión, en este caso sobre el alcance de su narración. ¿Debemos pensar en dos libros separados, Lucas y Hechos? o ¿Debemos pensar en un único libro en dos volúmenes, Lucas-Hechos?

Desde la década de 1930, los académicos se han inclinado por la afirmación de la unidad de Lucas y Hechos (es decir, Lucas-Hechos), pero en las últimas tres décadas este consenso casi generalizado ha sido cuestionado.

La frase inicial de los Hechos de los Apóstoles indica que este volumen debe leerse como continuación de otro: "El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que fue llevado al cielo" (Hch 1,1 Biblia de Jerusalén). Hechos se identifica a sí mismo como la "segunda parte".

No hace falta mucho esfuerzo para encontrar la "primera parte", ya que un rollo que se refiere a: "todo lo que Jesús hizo y enseñó desde el principio" remite a la narrativa de un evangelio, y entre los cuatro evangelios del NT sólo el Evangelio de Lucas se refiere a Teófilo: "he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo" (Lucas 1,3 Biblia de Jerusalén). Tanto el Evangelio de Lucas como Hechos están dedicados a Teófilo, lo que aboga firmemente por la postura de que una sola persona escribió ambos libros más o menos al mismo tiempo.

Otra prueba vincula el Evangelio de Lucas y Hechos. Retomando Hechos 1,1 si buscamos una narrativa de la trayectoria de Jesús que nos lleve "hasta el día en que fue llevado al cielo", entonces el único candidato entre los libros del NT es el Evangelio de Lucas. El Evangelio de Lucas termina con la ascensión de Jesús "al cielo" (Lc 24,50) y el libro de los Hechos comienza recordando la ascensión de Jesús "al cielo" (Lc 1,2); el autor narra el acontecimiento de la ascensión en Hch 1,9-11). En consecuencia, el tercer Evangelio es la primera parte y Hechos la segunda.

Puede que estas etiquetas, "primera parte" y "segunda parte", no nos digan todo lo que queremos saber. Por Ejemplo ¿Es Hechos, realmente, una "continuación" del Evangelio? ¿Asume el Evangelio de Lucas que la narrativa que inicia continuará en un segundo volumen, en Hechos? ¿Qué ocurre con el hecho de que, independientemente de los orígenes de estos dos libros, ahora los encontramos separados por el Evangelio de Juan en el canon del NT? ¿Debemos leer Hechos como la continuación del Evangelio de Lucas, de los cuatro Evangelios, o sin referencia a ninguno de ellos? ¿Debemos leer estos dos libros juntos o por separado? Y una vez más, ¿debemos pensar principalmente en Lucas y Hechos (dos obras), o en Lucas-Hechos (una obra en dos volúmenes)?

En cierto modo, para leer el Evangelio de Lucas, una respuesta decisiva a esta pregunta no es vital. Sin embargo, no se podría decir lo mismo para los lectores de Hechos. Esto se debe a que leemos narrativas de izquierda a derecha, por lo que nuestra comprensión del Evangelio de Lucas se desarrolla desde Lucas 1 en adelante, y no depende del conocimiento previo del Libro de Hechos. Al mismo tiempo, aquellos que consideran a Lucas y Hechos como Escritura cristiana probablemente lean estos libros una y otra vez, en cuyo caso su interacción con el segundo volumen de Lucas abrirá posibilidades interpretativas para el Evangelio de Lucas que de otro modo podrían haberse pasado por alto.

Entre las razones para leer Lucas y Hechos como una narración unificada, Lucas-Hechos, podemos identificar cuatro de importancia básica:

En primer lugar, los prólogos del Evangelio de Lucas y de Hechos sugieren que se trata de dos volúmenes de un único libro. Hechos ofrece lo que suele denominarse un prólogo recapitulativo: un breve resumen del libro anterior seguido de un breve resumen prospectivo del libro actual. En este sentido, Lucas-Hechos es paralelo a la obra *Contra Apión* del historiador judío Josefo (37-100 d.C.), la cual consta de dos volúmenes con prefacios dedicados, en este caso, al "excelentísimo Epafrodito".

En segundo lugar, la estructura de cada uno de los volúmenes de Lucas es comparable. Tienen un tamaño casi igual y, por lo tanto, son estéticamente atractivos, según los estándares de la antigüedad, con el Evangelio de Lucas comprendiendo alrededor de 19.400 palabras y el Libro de Hechos alrededor de 18.400. Cada volumen abarca eventos que ocurrieron durante un período de poco más de treinta años.

Cada uno tiene una extensa y trascendental "narrativa de viaje": la primera relacionada con el viaje de Jesús a Jerusalén para enfrentar su sufrimiento y muerte, y la segunda con el viaje de Pablo a Roma para enfrentar su sufrimiento y muerte anticipada.

Tercero, debemos considerar las numerosas conexiones intratextuales entre los dos volúmenes que los unen estrechamente. Por citar un solo ejemplo, el capítulo final del Evangelio de Lucas y el comienzo de los Hechos presentan una reveladora serie de paralelismos: (1) apariciones de Jesús a sus seguidores, (2) Jesús comiendo delante de/con sus seguidores, (3) demostraciones de que Jesús está realmente vivo, (4) el mandato de permanecer en Jerusalén, (5) referencias al cumplimiento de la promesa del Padre (sobre el don del Espíritu Santo), (6) la designación de los discípulos como «testigos», (7) referencias al alcance universal de la inminente misión de los discípulos, (8) relatos de la ascensión, y (9) menciones de que los discípulos permanecieron en Jerusalén obedeciendo el mandato de Jesús. En resumen, casi todos los detalles de Hechos 1,1-14 encuentran su precursor en Lucas 24, y son innumerables las conexiones entre los dos libros de Lucas.

Cuarto, no basta con afirmar que el Evangelio de Lucas trata sobre Jesús y los Hechos sobre la iglesia primitiva (o sobre Pedro y Pablo).

Las narrativas se caracterizan por sus objetivos globales y se desarrollan a través de conflictos, ya que los agentes dentro de la narrativa responden con apoyo u oposición. Lucas ha escrito en dos partes la historia de la continuación y realización del proyecto de Dios—una historia basada en las Escrituras de Israel y que abarca la obra de Jesús y de los seguidores de Jesús. De principio a fin, Lucas-Hechos destaca y sirve a un objetivo narrativo, el único objetivo de Dios.

Reflexionemos sobre el significado teológico de la unidad entre el Evangelio de Lucas y Hechos, es decir, Lucas-Hechos, ¿Qué nos enseña?

1. Lucas escribe la historia de Jesús y de la iglesia misionera en la única historia de Dios, que conocemos en las Escrituras de Israel: Las Escrituras de Israel à Jesús à La iglesia primitiva.

2. Esto asegura la continuidad entre los que se consagran a Jesús como el Mesías prometido y el antiguo Israel.

3. Esto designa la venida de Jesús y del Espíritu como el comienzo de la restauración prometida por Dios a Israel, enfatizando la obra de Dios como Salvador y la llegada de la salvación en toda su plenitud a todas las personas y, de hecho, a toda la creación.

4. Esto autoriza a los seguidores de Jesús. Autoriza su misión a Jerusalén, Judea, Samaria y hasta el fin del mundo como cumplimiento del plan de Dios.

5. Esto proporciona a la comunidad de seguidores de Jesús su identidad fundamental como pueblo restaurado de Dios.

Teológicamente, la unidad de *Lucas y Hechos*, Lucas-Hechos, es de verdadera y gran importancia.

Ahora bien, alguien podría preguntarse: si el Evangelio de Lucas y el libro de Hechos están tan estrechamente unidos en términos de autoría, narrativa y teología, ¿por qué aparecen en dos volúmenes separados? La respuesta es práctica y se basa en los límites de la producción de pergaminos en la Antigüedad romana. Los pergaminos o rollos eran hojas de papiro pegadas una al lado de la otra, y el producto resultante podía tener una longitud superior a los 130 pies (cuarenta metros). Sin embargo, estos largos rollos sólo tenían fines ornamentales, por ejemplo, para ser enterrados junto con los muertos y ser utilizados en el mundo venidero, más que para su lectura en este mundo.

Para el uso general, la capacidad ergonómica para manejar el rollo era el factor determinante. En consecuencia, podemos pensar en un rango normativo de diez pies para una obra corta a cuarenta y nueve pies para una extremadamente grande (es decir, de tres a quince metros), con un límite superior típico de unos treinta y dos pies (casi diez metros). El Evangelio de Marcos, por ejemplo, habría requerido un rollo de unos diecinueve pies (casi seis metros) de longitud, y la carta a

los Romanos unos doce pies (unos tres metros y medio). Lucas-Hechos habría necesitado dos volúmenes, cada uno de unos treinta y dos pies de longitud (casi diez metros).

Al final, las cuestiones de género y unidad están entrelazadas. Teniendo en cuenta las consideraciones que hemos esbozado, tiene mucho sentido interpretar la narrativa de Lucas concluyendo que ha emprendido una labor de escritura histórica con el objetivo de presentar una afirmación ambiciosa y provocadora: las promesas de Dios a Abraham se están cumpliendo, el programa de Dios para Israel se ha actualizado con la venida de Jesús y el surgimiento de la Iglesia misionera.

«Yo también he decidido escribir»: La autoría lucana

Como ocurre con los demás Evangelios del Nuevo Testamento, el autor del Evangelio de Lucas no fijó su nombre, como era de esperarse en el prólogo o en la conclusión de su libro. El hecho de que el autor se incluya en algunas escenas de la segunda mitad de los Hechos de los Apóstoles, es decir, en los pasajes escritos en primera persona plural Hechos 16,10-17; 20,5-21; 18,27-28 no quita ni añade nada al hecho de que ambos libros, Lucas y Hechos, estén, por así decirlo, sin firma. En esos textos, el narrador se identifica no como un individuo con nombre, sino como una persona perteneciente a un grupo (uno entre varios). Al mismo tiempo, el hecho de que la narración en primera persona sólo aparezca en un puñado de escenas subraya que el narrador no afirma haber sido una compañía constante de Pablo y su círculo.

En realidad, la cuestión de la autoría no es muy importante. Esto se debe a que no sabemos nada, o casi nada, sobre el autor más allá de lo que podamos discernir leyendo el Evangelio de Lucas. En otras palabras, identificar al autor del Tercer Evangelio no nos da una visión especial de su narrativa. Algunos podrían objetar que la identidad tradicional de Lucas como médico, basada en la referencia a “Lucas, el médico amado” en Colosenses 4,14, ayuda a explicar su interés por la curación y la salud.

Por el contrario, el interés de Lucas por la curación y la salud es comparable al que encontramos en los otros Evangelios del Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva en general. Además, se reconoce, desde hace tiempo, que su vocabulario no está más influido por las buenas prácticas médicas de la época que el de sus contemporáneos.

Lo que sí sabemos es que el autor era varón¹, culto y probablemente urbano. Conocía de primera mano la retórica y la literatura griegas, poseía un profundo y amplio conocimiento de las Escrituras de Israel, en traducción griega, tenía un conocimiento íntimo de los acontecimientos que narra, escribía desde la ubicación social de quienes se dedicaban a la realización e inter-

cambio de escritos técnicos o profesionales, y se incluía entre las «personas del Camino», que más tarde se llamarían «cristianos».

El autor ha sido considerado durante mucho tiempo como un gentil, aunque en los últimos años se ha defendido la posibilidad de que fuera judío. Sin embargo, la familiaridad del autor con las Escrituras y su interés por temas judíos no requieren la hipótesis de una autoría judía, ya que son igualmente compatibles con una exposición significativa al judaísmo por parte de un no judío.

No hay que exagerar la importancia de que el autor del Tercer Evangelio no diera su nombre a sus lectores. Lo mismo podría decirse de la escritura histórica en las Escrituras de Israel, que sirvieron de modelo para los cuatro evangelistas, orientando la atención no tanto hacia sus logros literarios, sino más bien hacia Jesús, la buena nueva de Dios.

Además, la falta de una firma no significa que el autor fuera desconocido para sus primeros lectores, o que los lectores posteriores en aquellos primeros años no recibieran, junto con la narrativa de Lucas-Hechos, el nombre de su autor. De hecho, algunas consideraciones alientan la conclusión de que el Tercer Evangelio fue conocido como obra de Lucas desde temprano.

El manuscrito griego más antiguo del Tercer Evangelio, el Papiro Bodmer XIV (o P75), tradicionalmente datado en torno al año 200 d.C., utiliza el título «Evangelio según Lucas». El Canon de Muratori, de finales del siglo II, también identifica a Lucas, médico y compañero de Pablo, como autor del Evangelio. Y esta identificación también puede encontrarse en la obra del siglo II de Ireneo (Adv. Haer. 3.1.1; 3.14.1) y en escritos posteriores, algunos de los cuales dan testimonio de tradiciones anteriores (por ejemplo, Eusebio, Hist. Eccl. 3.4.1-7; 3.24.14-15; 5.8.3; 6.25.6).

De épocas más tempranas, no tenemos prueba alguna que sugiera que el Tercer Evangelio circuló sin el nombre de Lucas. Es decir, no encontramos ejemplos de referencias a un libro anónimo como el Tercer Evangelio que más tarde llevaría el nombre de Lucas. Del mismo modo, no tenemos pruebas de que el Tercer Evangelio llevara otro nombre, como si su autoría estuviera en disputa o fuera incierta. Además, nuestra reflexión sobre la autoría debería tomar en serio el problema que supuso para la Iglesia primitiva el hecho de que el Tercer Evangelio se considerara escrito por Lucas, un no apóstol, una idea que exigía a los apologistas argumentos sobre la autoridad (o autorización) de una narración considerada bíblica que no había sido escrita por un apóstol.

La presencia de Lucas en la era apostólica es clara a partir de las tres ocasiones en las que su nombre aparece en el Nuevo Testamento: Col 4,14, Flm 24 y 2 Tim 4,11. Colosenses se refiere a Lucas como "el médico amado", colocándolo entre los médicos de la era romana que gozaban de alto estatus como estudian-

tes de medicina y filosofía. Filemón lo identifica como "colaborador", nombrando así a Lucas como colega misionero, en lugar de un mero compañero de viaje o asistente. Si, como el mismo Pablo permite, Lucas no era su discípulo sino un colega, esto socava la visión repetida de que Lucas no pudo haber escrito Lucas-Hechos porque no representa bien la comprensión que tuvo Pablo del evangelio. De hecho, Lucas presenta a Pablo, en líneas generales, de un modo que concuerda con lo que sabemos de él por sus cartas: por ejemplo, la importancia que tuvo para su vocación y su mensaje el haber visto al Señor Jesús resucitado (p. ej., 1 Co 9,1; 15,7-8; Ga 1,15-16; Hch 9,1-9); la labor de Pablo como fundador de iglesias; el papel central que desempeñaron en la teología de Pablo la historia de Israel, las Escrituras y la esperanza de restauración; y la implacable oposición que Pablo suscitó.

Ahora bien, estas consideraciones sobre la autoría son más sugerentes que concluyentes. Y, para reiterar, incluso si uno está a favor, como yo, de la identificación tradicional de Lucas como autor del Tercer Evangelio y de los Hechos de los Apóstoles, esta conclusión proporciona poca ayuda para interpretar el Evangelio de Lucas.

Reflexiones

El estudio crítico del Tercer Evangelio durante los dos o tres últimos siglos ha puesto de relieve una serie de cuestiones históricas. Por lo general, estas cuestiones tienen que ver con la autoría, la fecha de composición, el género, los destinatarios y otros aspectos similares.

He intentado sugerir, en primer lugar, que el Evangelio de Lucas no ofrece respuestas inmediatas a estas cuestiones. Esto significa que debemos tomarnos en serio el grado significativo en que nuestras respuestas a estas preguntas caen bajo el epígrafe de conjeturas.

En segundo lugar, he intentado subrayar la sabiduría de abordar la lectura del Evangelio de Lucas en sus propios términos, como producto literario de la segunda mitad del siglo I, situado en el Mediterráneo romano, preocupado por ubicar el surgimiento de Juan el Bautista y de Jesús dentro del arco más amplio de las promesas de Dios a Abraham y de la relación con Israel.

Esto anima a leer el Evangelio de Lucas, junto con los Hechos de los Apóstoles, como una expresión de escritura histórica en dos volúmenes. Y esto identifica a Lucas como el escritor más prolífico del NT, con cerca del veintiocho por ciento del material del NT atribuido a él.